

EL PORVENIR DEL OBRERO

MUY OPORTUNO

El inteligente compañero Emilio Costa plantea en *A Aurora*, de Oporto, un interesante problema a los revolucionarios portugueses y españoles, preguntando qué harían unos y otros en caso de una invasión del territorio lusitano por el ejército español.

La oportunidad de la pregunta no está en el peligro de una tal invasión, que realmente no existe, ni próximo ni remoto. Pero la evidencia misma de que no puede llegar el caso, nos permite discurrir sobre esta hipótesis, con entera libertad, deduciendo las consecuencias y señalando las semejanzas con otros casos de interés más práctico.

Tercera y Libertad, que puso en parangón párrafos de Bakounine y de Kropotkine, presentándolos como contradictorios, dando lugar a que todo el mundo después de haber leído ambos textos preguntase: ¿pero dónde está la contradicción?, que más tarde publicó regocijado el manifiesto de Sebastián Faure, sin prever lo que vendría luego; el mismo semanario germanófilo barcelonés traduce el escrito de Emilio Costa, sin comprender su alcance, y añade que ante la guerra de invasión procedería «la sublevación en masa, la insurrección».

Prescindamos ahora de que los anarquistas solos no podemos hacer la revolución y que sería necesario entenderse y concertarse con los socialistas y republicanos, pues de otro modo el fracaso sería seguro y ni siquiera podrían los intransigentes llegar a ser un estorbo digno de tenerse en cuenta por el gobierno que intentase la invasión del país vecino; prescindamos también de otras consideraciones y hagamos constar que convenimos todos en la necesidad de oponernos a la guerra de conquista por medio de la sublevación y de la insurrección.

Desde luego se comprende que no habrá revolucionario tan necio que proponga la insurrección en el país invadido; porque los que en Portugal se insurreccionasen cuando fuese invadido aquel territorio por España, no harían sino una obra negativa, un verdadero disparate, puesto que debilitarían el país agredido favoreciendo la acción militar de los agresores.

La insurrección popular contra la guerra debería realizarse en España desde el momento en que se conociesen los primeros preparativos de invasión. Los revolucionarios portugueses, por su parte no deberían luchar contra su gobierno y su ejército, porque esto sería favorecer la guerra y la conquista, sino contra el invasor.

De igual manera el pueblo de Barcelona se levantó en 1909 contra la injusta guerra de conquista en Marruecos; pero no se hubiera levantado seguramente contra el gobierno español si hubiesen sido los moros del Rif los invasores de nuestra península. En tal caso, los revolucionarios de Cataluña y de toda España se hubieran unido al gobierno y al ejército, olvidando por un momento las luchas interiores, para pensar sólo en el peligro mayor de la invasión de los marroquíes.

Ello está tan claro, que parece imposible que los revolucionarios germanófilos no hayan visto que el caso planteado por Costa es el mismo de los revolucionarios belgas y franceses ante la invasión del imperio alemán.

Los que sueñan con indisciplinas, deserciones y sublevaciones en el pueblo y el ejército de Francia, no son enemigos de la guerra, sino auxiliares de la nación guerrera por excelencia y servidores de la aristocracia militar prusiana, preparadora y provocadora de esta guerra y que preparará y provocará otras muchas si no sufre ahora el debido escarmiento.

Emilio Costa, redactor de *Germinal* de Lisboa, donde sostenía ideas muy semejantes a las de *EL PORVENIR DEL OBRERO*, ha tenido mucho acierto en hacer a los revolucionarios portugueses y españoles su oportuna pregunta. Ninguno se ha atrevido a decirle que convendría facilitar la mala obra de los invasores, promoviendo disturbios en el país invadido. Todos hemos comprendido el deber de procurar la insurrección contra el gobierno agresor por todos los medios posibles, a fin de estorbar la acción injusta del provocador de la guerra.

La semejanza de los casos salta a la vista: los revolucionarios alemanes y austriacos debieron y deben todavía protestar y estorbar la acción guerrera de los imperialistas por todos los medios que tengan a su alcance. Por el contrario, si los revolucionarios franceses pusiesen dificultades a su gobierno y al ejército de su nación, no demostrarían ser enemigos de la guerra, sino amigos del imperialismo alemán.

Lo mismo en las naciones neutrales: los que procuran facilitar, directa o indirectamente, la acción guerrera de los imperios militaristas, no se pueden llamar anti-guerreros, porque son todo lo contrario, puesto que con su conducta favorecen el triunfo de las aristocracias militares y la consiguiente preparación de futuras guerras.

Los revolucionarios formamos la Internacional antimilitarista: todos contra España si tratase de invadir y conquistar a Portugal; todos contra Portugal

si intentase invadir y conquistar a España; todos contra el imperialismo germánico que aspira a la conquista y dominio de todas las naciones y que mientras subsista será una constante amenaza y una continua provocación de nuevas guerras.

Juan Cualquiera.

Otras opiniones acertadas

El Dr. Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia (Nueva York), ha escrito sobre la guerra los conceptos siguientes:

«Lo que se juega en esta guerra es más grande que lo que se ha disputado en ninguna otra desde la lucha entre griegos y persas y desde que Carlomagno aplastó a los sarracenos.

En 1914 y en 1915 se verifica lo que considero como la última de estas grandes conflagraciones.

La libertad individual y las instituciones independientes no son ya amenazadas por el colectivismo oriental.

La amenaza proviene de un nuevo monstruo de creación moderna, por la concepción de un Estado superior al derecho y a la moral: un Estado que no es la obra de ciudadanos particulares, sino creado por la autoridad superior, capaz de imponer a los pueblos la obediencia y de privarlos de su libertad.

La cuestión es ésta: saber quién vencerá de estas dos condiciones, a saber: la de la dominación y la de la independencia individual, que está en camino de decidirse ahora desde el mar del Norte hasta el Cáucaso.»

**

El redactor de *El Poble Catalá* don Josep Castañé, ha escrito en el diario republicano nacionalista:

«Los pueblos que combaten por la santidad de los tratados y por el derecho de las naciones pequeñas, de ninguna manera desistirán de su noble acción hasta haber suprimido el odioso militarismo de ese imperio que hace de la guerra su principal industria.

Si los valerosos ejércitos que hoy luchan mostrasen algún día debilidad ante la potencia dominadora, toda la Europa y el mundo entero se levantarían contra el que pretendiese aplastar la dignidad y el honor de estos pueblos.»

**

A. Fabra Ribas escribe en *La Justicia Social*, de Reus:

«En los actuales momentos se está forjando una humanidad nueva y elaborando los principios que han de regular la historia moderna y futura. La suerte de España está íntimamente ligada a la de los aliados. Si estos triunfan, la regeneración de España, dentro de los principios del progreso y de la libertad, está definitivamente asegurada. Si son vencidos, vamos derechamente a la resurrección de la España de las guerras civiles, del fanatismo y de la inquisición.»

Los socialistas franceses

En la sesión de clausura del Congreso socialista que se ha celebrado en París el 14 de Julio último, se ha votado por unanimidad la afirmación de confianza inquebrantable en la causa de los aliados y en la república francesa.

El partido socialista ha hecho constar sus esfuerzos pacifistas antes de desencadenarse el sangriento conflicto, esfuerzos realizados de acuerdo con el gobierno.

En el documento presentado por los socialistas franceses se reproducen las declaraciones de los socialistas austriacos y alemanes, fijando las responsabilidades de sus gobiernos, condenando el ultimatum presentado a Serbia por Austria y exigiendo del gobierno alemán que interpusiese su influencia para mantener la paz.

Así la responsabilidad de Francia está descartada desde el principio, según la confesión de todos y mucho más por la promesa de que el gobierno francés, asociado al inglés y seguido del ruso, propondría la mediación y el arbitraje.

La declaración de guerra hecha por Alemania y Austria, y seguida de la violación de Luxemburgo y Bélgica, hizo fracasar los propósitos pacifistas de los franceses y sólo entonces el grupo socialista parlamentario votó el crédito de defensa nacional.

Entre los acuerdos del Congreso para lo futuro consta la creación del arbitraje obligatorio y la constitución de una fuerza internacional sancionadora, que sea garantía de la paz entre las naciones.

Para ello precisa la desaparición del imperialismo; así es que el partido exige del gobierno, del parlamento, de los jefes y de los soldados el cumplimiento exacto de sus deberes.

El país debe estar lleno de una actividad incansable, que se refleje en el campo de batalla con vigor irresistible.

El partido está dispuesto a prevenir al gobierno de toda insuficiencia, a despartar toda energía productora, a multiplicar los centros de actividad para crear nuevas fábricas.

Acaba el documento repudiando, según las bases de la declaración de Londres, toda política de conquista más allá de las fronteras y todo desfallecimiento ante la invasión.

Los socialistas franceses son descendientes de los ciudadanos que defendieron la primera República de la coaligación de todas las monarquías europeas.

Los anarquistas alrededor de la guerra

Excomuniación mayor

Cultura Obrera, de Nueva York, se ha colocado precipitadamente sobre el púlpito, ha atribuido lo que no hemos dicho a los que entendemos que para el porvenir del mundo y de las ideas libertadoras es mejor que venzan las naciones de dominación civil que las de dominación militar, ha levantado las manos al cielo, las ha dejado caer pausadamente sobre nuestras cabezas y ha exclamado, poniendo los ojos en blanco: «No son anarquistas cuantos no piensan como nosotros y no digan, con nosotros, que el Kaiser y Boincaré tienen una misma mentalidad y dirigen a sus pueblos hacia un mismo ideal». Así, pues, desde hoy o desde que se publicó el artículo de *Cultura Obrera*, no somos anarquistas los que, considerando que el principio de autoridad es la antítesis del principio de libertad, hacemos, sin embargo, una distinción entre la autoridad militar y la autoridad civil; entre la autoridad del señor feudal y la autoridad del patrono; entre el estado de sitio y el estado constitucional.

Si el articulista de *Cultura Obrera* hubiese tenido el honor de estar preso alguna vez y hubiese corrido el peligro de ser condenado por un consejo de guerra, bajo las leyes militares, sabría la diferencia que va del concepto autoritario militar, al concepto autoritario civil. O, lo que es lo mismo, del concepto que la casta militar tiene formado del pueblo, de sus libertades y sus aspiraciones, al que sobre el mismo tema aplican y tienen los hombres civiles.

Ferrer fué juzgado dos veces, una por un tribunal civil y otra por un tribunal militar; el tribunal civil lo absolvió y el militar lo condenó a muerte. Pues bien, yo aseguro, y lo asegura quien puede asegurarlo, que Ferrer era más culpable cuando fué absuelto que cuando fué condenado a muerte.

El artículo de *Cultura Obrera* está escrito sobre una base falsa y por tanto no es menester abollarlo, porque se abolla solo. La base falsa consiste en atribuir a los que piensan como el que firma el presente escrito, la afirmación de que si vencieran los aliados la cuestión social se resolvería por sí sola, cuando lo que hemos dicho los españoles que sentimos simpatía por los aliados, es que de vencer Francia, Bélgica e Inglaterra, desaparecería el foco de guerra permanente que representa el militarismo alemán y las libertades públicas quedarían mejor dispuestas para discutir y aceptar los principios anarquistas. Lo demás es sacar las cosas de quicio. Y aprovecho esta ocasión para acusar de polemistas de mala fé a los adversarios circunstanciales que nos llaman partidarios de la guerra; la hemos combatido siempre. Lo único que hemos dicho es que, de la guerra presente conviene que salgan triunfantes los aliados porque son los más liberales.

Si en nosotros hubiese materia de sacerdotes, como la hay en algunos de nuestros adversarios circunstanciales, pena de excomuniación mayor lanzaríamos sobre *Cultura Obrera* por la gran herejía que escribe al decir «que los que empiezan con mucho empuje, sobre todo si descienden de la clase contraria, se cansan pronto.» Aun suponiéndoles cansados, no se hubieran cansado pronto Kropotkine y Malato, y suponer a los intelectuales de origen obrero mejores luchadores que los de origen burgués, es ofender al hombre, a la Historia y al ideal. Buenos militantes fueron y son Grave, Lorenzo, Malatesta y Mella; pero no son ni fueron peores Bakounine, Reclus, Kropot-

kine y Tarrida del Marmol. Jamás ningún luchador y menos los luchadores anarquistas pensaron y obraron conforme las exigencias del estómago. Por el camino que insinúa *Cultura Obrera* se va a una anarquía de clase, que es la que hoy priva en España, desgraciadamente. La falta de inteligencias serenas y cultas nos ha conducido a la anemia intelectual que padecemos y al ridículo que la Anarquía está haciendo en España, desde que abundan tanto los sabiondos intelectuales. Hoy, en España, no tenemos más que anarquía de emancipación obrera y de literatura burda; cuando habría de ser anarquía de emancipación humana, porque la Anarquía no es, como el Partido Socialista, un partido de clase. Si hoy se propaga un anarquismo enclenque, raquítico, encanijado y grosero es por su mal; no por su bien. Cuando uno se siente anarquista y merece que por tal se le tenga, ya no se acuerda de su origen y los que se lo recuerdan no están muy seguros de la abnegación y de la voluntad propia.

Una opinión particular

A *Aurora* de Oporto pregunta a los revolucionarios de España y de Portugal qué harían en caso de una intervención española en Lusitania y lo pregunta como una derivación de la guerra europea y como para sacar un ejemplo práctico de ella y de la actitud que ahora guardamos los que preferimos que de la actual guerra salgan triunfantes los aliados.

Yo no sé qué harían los revolucionarios españoles; probablemente no harían nada, sobre todo los que pertenecen a partidos revolucionarios y se hacen llamar tales. Yo sólo sé lo que en mi concepto deberían hacer los elementos que en España padecen hambre de pan y sed de justicia. En primer lugar, por el solo hecho de invadir España el territorio portugués, si lo invadiera, que no lo creo, merecería mi protesta, como la ha obtenido Alemania por haber invadido Bélgica. En segundo término, por tener Portugal establecida la República y España la Monarquía y haber sido España la provocadora, si lo fuera, que lo dudo, quisiera que España perdiera la batalla, como espero que la pierda Alemania, ya que es de suponer que Portugal no se dejaría invadir impunemente, como no se ha dejado invadir Bélgica, y por tanto la invasión se convertiría en guerra.

Lo que deberían hacer los españoles que padecen hambre de pan y los que sienten sed de justicia, si se diera el caso previsto por los revolucionarios portugueses, que no se dará, es echar por la borda el régimen que a costa de la sangre del pueblo se metería en camisas de once varas. Esto como primera providencia. En cuanto a la importancia que habría de tener la revolución española, como yo considero que España no está capacitada para hacer la revolución social, creo que debería contentarse con una revolución política de cierto carácter económico, repartiendo las tierras incultas y los latifundios de cada término entre los braceros de los pueblos vecinos; relevando de todo pago, por el cultivo de tierras y huertas que llevarán más de cincuenta años de arrendamiento o de hacerlas producir brazos alquilados; y emancipando, en absoluto, la *rubassa morta*, que consiste en cultivar a perpetuidad tierras ajenas pagando por ellas censo anual.

Como yo dudo de la buena voluntad y de la buena fé de los jefes políticos revolucionarios, sobre todo de los que han ejercido cargos populares, procuraría que la revolución la llevaran a término los hombres de más prestigio de cada región, declarándose autonomistas y federales, para que

tuvieran la libertad de hacer, en sus respectivas regiones, lo que estimaran conveniente.

Esto es lo que yo creo que debería hacer la Revolución española en el caso que presenta *A Aurora*, porque, para más, no veo fuerza ni cultura.

De Portugal sé muy poco y por tanto no puedo atreverme a mucho, pero creo que los revolucionarios portugueses, caso de ver invadido su país por las tropas españolas, deberían ponerse al lado de su gobierno, republicano y agredido, en contra de un gobierno monárquico y agresor. Porque siempre vale más un gobierno del país, republicano, hijo de una revolución política, que un gobierno extranjero, monárquico e histórico por añadidura.

Si en lugar de hacer lo que queda escrito, los revolucionarios portugueses quisieran aprovechar el momento para empezar la revolución social, perderían cuanto quisieran ganar y cuanto hubiesen ganado con la revolución política, porque si los portugueses se dividieran en monárquicos, republicanos y socialistas para trabajar cada uno por su cuenta, fácil les sería a los monárquicos españoles ganarles la partida, como la perderían los socialistas y los anarquistas de Europa, si quisieran aprovechar la presente guerra europea para hacer la revolución social. En la Península ganaría la Monarquía española contra la República portuguesa, y en Europa ganaría el Imperio militar alemán, contra la monarquía civil inglesa y la República civil francesa.

La triste incapacidad

Aunque dice el adagio «que dos no riñen si uno no quiere», yo quiero reñir aunque sea solo. ¿Por qué *Tierra y Libertad*, que se ha metido muchas veces conmigo, cuando yo me callaba, se calla ahora que estoy agachado sobre las cuartillas? No por sistema, puesto que el sistema del silencio no es el suyo, como ha demostrado recientemente; no porque silencio le hayan pedido sus lectores, porque se lo hubieran pedido ya cuando yo era manco y mudo y él blandía el lápiz, aunque cobardemente; sino porque tiene el tejado de vidrio y se siente incapaz de luchar conmigo; se siente incapaz, si yo mojo la pluma, que si no la mojara, como antes hacía, caerían sobre mi nombre las injustas injurias de siempre.

Ya decía la semana pasada que creo indispensable una campaña contra *Tierra y Libertad*, y la hago noblemente y cara a cara, en buena compañía, por cierto. La creo indispensable, para quitar la hegemonía anarquista española a los que se mueven y bullen alrededor de aquel periódico, hegemonía inculta, sospechosa, bullanguera e inmoral. Los que se mueven alrededor de *Tierra y Libertad*, no tan solo han matado el ideal anarquista en Cataluña y lo han rebajado intelectualmente en el resto de España, han matado el movimiento obrero catalán. No es la propaganda de Lerroux lo que ha destruido la organización obrera catalana; es la conducta y el proceder de ciertos anarquistas, faltos de abnegación para la lucha, faltos de nobleza y de ductilidad para hacerse simpáticos, faltos de moralidad para resistir la crítica del adversario y sobrados de vanidades y de sabiduría. Así se han hecho antipáticos a todo el mundo y así las organizaciones obreras nada quieren con ellos. Si se sostienen algunas sociedades, se debe a los compañeros sin personalidad ni significación, sin fama y sin pretensiones.

Los anarquistas que se mueven alrededor de *Tierra y Libertad* lo destruirían todo, como se les dejara hacer lo que su vanidosa incapacidad les dicta. Puede que el gobierno tuviese intención de suspender el Congreso del Ferrol, pero quienes dieron el pretexto, con sus desplantes, fueron los anarquistas que se mueven y bullen al-

rededor de *Tierra y Libertad* y que hoy llevarían, como se les dejara, a los obreros españoles a servir de instrumento a la reacción mundial.

•••

Algunos creerán que Vicente García está enfadado conmigo por haberle incluido entre los que tan sin respeto trataron a Kropotkine y Malato y a los que yo declaraba intelectuales de aldea y sociólogos de pun llevar. No es por esto por lo que García está de nones conmigo; data de la fecha que lleva la siguiente carta:

Amigo y compañero Vicente García: Te ruego que, al coger la pluma, tengas piedad de los compañeros que también desean escribir algo y de los que necesitan descansar un poco. Además, eres tan fecundo en pensamientos, que cada artículo tuyo sirve para que los demás escriban cien. Tú no eres como aquellos escritores que si no salen periódicos esta semana, la próxima no tienen con quien meterse y por tanto no saben qué escribir. Tú eres un manantial de ideas propias y con un artículo que escribieras anualmente habría bastante. Nada perderíamos los demás y tu pobre mujer no te echaría en cara que te gastes el jornal en plumas, tinta y papel. Tu amigo, etc.

Madrid 19 de Agosto de 1904.

Federico Urales.

CARTA ABIERTA

Apreciables camaradas de EL PORVENIR DEL OBRERO.

Con gran complacencia y gusto he leído vuestro valiente periódico, cuya lectura ha satisfecho mis inclinaciones en esto de apreciar el indigno y bochornoso conflicto guerrero, actual en Europa.

Como buen anarquista, odio todo aquello que sirve de yugo tirano a la Humanidad. Por lo mismo, detesto el militarismo (especialidad alemana); aborrezco el patriotismo (particularidad francesa); abomino del mercantilismo (singularidad inglesa); execro la tiranía (encarnación rusa), y condeno el fanatismo (propiedad turca), juntamente con todo lo que motiva nuestro deplorable estado social. Pero, a pesar de todo lo expuesto, soy decidido partidario de la teoría del mal menor, lo que hace hecho sostener grandes discusiones con varios compañeros tocados de intransigencia, dentro de su buena intención. (El consecuente compañero Vela, de Valencia, puede justificar esto; pues rudamente combatía mis apreciaciones sobre la citada teoría, y luego tuvo que recurrir a ella, en aquella noble y hermosa campaña que realizó en dicha capital a favor de los presos por cuestiones político-sociales. Pero a lo menos tuvo la franqueza honrosa de confesar su antiguo error, en cuanto se le presentó la ocasión.)

Hechas estas consideraciones, entro en materia y pregunto: ¿Cuál de los abominables defectos arriba citados, es el más pernicioso? A mi juicio, el militarismo; pues encarna la fuerza bruta en su más bestial y extrema significación, donde todo se halla supeditado al brillo del sable, al casco de los caballos de los modernos Atilas, a las férreas llantas de las cureñas monstruosas, y al atrasado criterio de que quien más mata ha de ser más ensalzado.

El militarismo, por el solo hecho de serlo, apoyado en las armas, donde el derecho de la fuerza está sobre la fuerza del derecho, lo niega hasta defenderse en la discusión más baladí. El error, cuando dispone del poder militar, se considera indiscutible y todos ante él han de inclinarse.

Y siendo, por desgracia, de ese modo, dejar que ese reprobable sistema ahogue lo poco bueno que tengan los otros estados, sería demasiado insensato y absurdo. Tan lamentable, como haber dejado, en España, que levante tanto la cabeza la serpiente clerical, en forma de requetés y otras manifestaciones odiosas, y sólo porque a a quien trataban de molestar son intermedios entre esa carroña y nosotros. A mi ver, es peligroso dejar tomar fuerza, para combatir a otros, al peor monstruo, que mañana puede revolverse contra nosotros.

Hay que ser prácticos y analizar las cosas con alteza y profundidad de miras, desentrañando las consecuencias.

Por eso, tratar de traidores a compañeros honradísimos, activos y abnegados, sólo porque miran la vergonzosa cuestión europea en su estado venidero más que presente y se inclinan a aconsejar que se dirijan los golpes al enemigo más peligroso, es tan necio y descabellado como tratar de tonto o bestia al que teniendo que coger cinco pájaros principiaze por querer agarrar el mayor; pues obrar de ese modo no significaría la renuncia a pillar los demás, como tampoco renunciamos nosotros o combatir los otros defectos, una vez vencido el militarismo.

Más claro... agua.

Además no son los gobiernos, ni capitalistas, ni clérigos los que forman el mayor número de los que mueren en campaña.

En otra trataré la cuestión más detenidamente.

Vuestro y de la causa humanitaria
Antonio Pínés Nuñez.

Valenzuela.

Hemos de renovarnos

Hay que agradecerle a *Cultura Obrera*, de Nueva York, el relativo sentimiento que le produce la pérdida de cuantos pensamos como Grave, Malato y Kropotkine. Otros se felicitaron por la desaparición de estorbos, considerando tales a los hombres de ideas, sin los cuales, preguntamos nosotros, ¿a qué se reduciría el socialismo anarquista?

Una religión puede subsistir sin sabios ni filósofos; bastan los repetidores de los textos sagrados. Un partido político puede también funcionar sin hombres de gran entendimiento; bastan los oradores de mitin y los organizadores de comités. Pero el anarquismo, que no es una religión, ni un partido, sino un ideal, ¿en qué monstruosa corrupción degeneraría cuando le faltasen los grandes pensadores que le dieron vida y lo elevaron a brillante altura?

Excomulgados en Barcelona y declarada su pérdida en Nueva York, lo cierto es que donde aquellos hombres se hallen, allí estará la cabecera del anarquismo, porque estará con ellos la idea creadora. Lo demás apenas serán malas imitaciones, de vida efímera, sectarismos bullangueros un momento, pero sin ninguna trascendencia en la vida futura de la humanidad.

Sólo por haberse apartado de las inspiraciones y ejemplos de los maestros, sustituyendo la idea viva por la interpretación literal y dogmática, el anarquismo, al menos en España, ha sufrido lamentable decadencia. ¿Qué sería cuando se les olvidase por completo, dándoles por definitivamente perdidos?

Uno de los errores más funestos que han propagado los intolerantes ha sido la supuesta igualdad de todas las escuelas y partidos, tanto liberales como reaccionarios, falsa teoría que ha beneficiado a los peores, a los de procedimientos más duros contra la emancipación de los pueblos en cualquier sentido.

No es cierto que todos los partidos y todos los gobiernos y todos los regímenes sean iguales. Parece imposible que tales cosas puede escribirlas *Cultura Obrera* en Nueva York, habiendo conocido la vida miserable que arrastran los campesinos de casi toda la península española.

Comprendemos que el trabajador americano tenga siempre mayores aspiraciones y no se conforme con su situación presente; lo que sería hacer traición al progreso. Pero tampoco debe olvidar los sufrimientos del lugareño español, que no disfruta de un jornal proporcionado, ni de un bienestar relativo, que no come carne ni pan blanco, que no tiene zapatos, que enseña las carnes por los destrozos del vestido, que duerme en una mala pocilga y que, sometido al cura, al cacique y al propietario, en cuerpo y alma, no conoce ningún decente recreo, ni le alivia una esperanza, ni sabe que puede llegar a tener personalidad propia.

Lo mismo podríamos escribir de Rusia, de Marruecos y de todos los países políticamente atrasados.

Hablando del asno, se ha dicho que no le cargaría el ano extranjero con dos albardas. Pero al hombre, más complejo cuanto más inteligente y más delicado en sus sentimientos, se le puede aumentar su desgracia de muchas maneras. El yugo extranjero no viene a librarle de la esclavitud económica, sino que se añade a ella, agravándola. Es una nueva y pesada albarda que cargan sobre el lomo del pueblo trabajador.

El obrero perteneciente a una raza vencida y dominada es doblemente desdichado, por ser obrero y por ser vencido. Eterno ejemplo de ello es el pueblo judío, perseguido y vilipendiado en todas partes. En Mallorca, convertidos desde hace siglos y disponiendo de gran riqueza, los descendientes de los judíos no son iguales a los cristianos viejos, aunque así lo dispongan las leyes.

Los armenios sufren toda clase de vejaciones y frecuentes matanzas en las tierras dominadas por los turcos; y en la misma Alsacia, no pasan muchos jóvenes la frontera, en la edad del servicio militar, por patriótico amor a la bandera francesa, sino porque la conducta orgullosa del prusiano vencedor ha mantenido vivo el odio de los naturales de aquel hermoso país. Algo peor sucede hoy en Bélgica, donde sufren por igual trabajadores y burgueses un yugo intolerable.

Esto no lo sienten ni lo quieren comprender los que hace años viven y luchan bajo condiciones muy diferentes, aunque también dificultosas e injustas, en la libre tierra norteamericana. «Todo es lo mismo», repiten, sin hacerse cargo del daño que con ello causan, debilitando a los mejores y favoreciendo a los peores, a los déspotas sin conciencia, bajo cuyo dominio los súbditos padecen sin consuelo y sin esperanza.

Pero también a los trabajadores del otro lado del Atlántico les alcanzarían las consecuencias del triunfo de Alemania, porque todas las naciones se mirarían, con razón, amenazadas y tendrían que aumentar sus armamentos para conservar su in-

dependencia política y económica. La fuerza moral que adquiriría en todos los países el militarismo aplastaría, materialmente, todas las esperanzas de emancipación obrera y de revoluciones sociales.

Podrá decirse que a los trabajadores solamente les interesa su bienestar material, la cuestión del pan. A eso replicaremos que todos los revolucionarios han dicho siempre que sin dignidad no hay pan, que sin libertad no hay pan, porque el poder fuerte que arrebató a los pueblos su libertad y su dignidad, también les quita el pan; y no tienen conocimiento ni energía para defender el pan los pueblos que no supieron o no pudieron defender su libertad y su dignidad.

Menos que nadie deben hablar del bienestar y del pan de los trabajadores los partidarios de la vieja táctica revolucionaria, que predicaron el desprecio a las mejoras inmediatas, tanto legisladas como adquiridas por el mismo trabajador en las asociaciones cooperativas, mutualistas etcétera. Todo ello nada valía y eran estorbos para la revolución, que se ofrecía como inmediata, por lo menos como muy próxima. Pero la revolución no vino y el trabajador tuvo que luchar cada día con mayores dificultades para la vida.

Y lo peor no es que la revolución no haya venido. Lo peor es que aquí en España, no hay, entre los elementos directores del anarquismo intransigente, quien procure la revolución social, ni quien crea en ella. La revolución es un lugar común de la oratoria mitinesca y de la literatura de nuestra prensa, tan pobre en su fondo ideal como en su forma literaria. Se habla de revolución por costumbre, por rutina, como habla del cielo el sacerdote incrédulo; pero el concepto de la revolución no está vivo como una esperanza próxima en ninguno de nuestros pseudo-luchadores.

Este ha sido el más triste resultado de la mala táctica de la intransigencia y de considerar iguales a todas las ideas, hombres y agrupaciones que no se conformaban totalmente con los dogmas y con las reglas de conducta anarquistas en su interpretación literal y estrecha.

Muchos saben lo que debe pensar y lo que debe hacer y lo que debe decir el anarquista en todos los casos que puedan presentarse, de conformidad con las reglas esbozadas y en consecuencia de los dogmas declarados y promulgados por las indiscutibles autoridades del anarquismo intransigente; lo que no sabe ninguno es cómo hemos de salir de ese callejón cerrado por la indiferencia popular en que nos han metido nuestros propios errores.

Es posible que en América crean que en España hay un anarquismo revolucionario vivo y activo. La realidad, por desgracia, es muy diferente. No hay más que recuerdos y falsificaciones. La mala táctica rutinaria ha ido destruyendo y aniquilando todo lo que crearon la inteligencia y la abnegación de la generación precedente.

La Federación Regional Española, que llegó a ser tan poderosa, cayó desastrosamente: asociaciones fuertes se vieron desorganizadas en cuanto se dejaron influir por los intransigentes sin prudencia; figuran pomposos nombres de Ateneos que no pueden sostener un modesto local; se ha llegado hasta publicar las actas de un Congreso que no pudo celebrarse; los grupos y sociedades sufren la infección continua de los confidentes, que han sembrado la desmoralización y la desconfianza por todas partes; nuestros periódicos, que honraron las firmas de escritores brillantes y de sólida cultura, han caído en la vulgaridad grosera y en la pedantería.

Aunque las circunstancias exteriores no nos obligasen a ello, sería necesaria la reforma interior, renovación de personas y rectificación de procedimientos, a fin de evitar la anulación completa del anarquis-

mo, igual que se han visto anuladas otras sectas, que tuvieron su momento de esplendor antes de caer en la intolerancia y en el dogmatismo.

Esta renovación vendría también aunque nosotros no quisiéramos. Por más que *Cultura Obrera* cierre los ojos para no verlo, la destrucción del viejo mundo por la guerra será tan radical y definitiva que nada de lo que ha sido antes subsistirá después en la misma forma. Todo habrá de renovarse y acomodarse a las nuevas circunstancias, o desaparecerá en el olvido.

Los nombres del socialismo parlamentario o autoritario y del socialismo libertario o anarquista no tendrán, probablemente, razón de ser. La contienda entre Marxy Bakounine habrá prescrito. Después de la guerra y supuesto el triunfo de las naciones democráticas, renacerá la Internacional Socialista, desconociendo las antiguas rencillas y aceptando todas las grandes ideas. Nosotros iremos a ella con el criterio federal de Bakounine y con los libros de Kropotkine.

Permitanos *Cultura Obrera* que conservemos todavía la esperanza de encontrarnos con sus redactores en los Congresos de la nueva Internacional que habrá de consolidar la paz entre los pueblos y que conducirá a los trabajadores de todos los países hacia la emancipación económica, hacia la revolución social, que ojalá pueda realizarse por medios tan pacíficos como rápidos y eficaces.

Lucifero.

Las naciones todas van comprendiendo que es imposible sustraerse al conflicto, que el problema interesa a la humanidad entera, y ni Europa ni América pueden permanecer indiferentes cuando se trata del porvenir de la civilización, amenazada por locos desvarios de imperialismo universal que impulsan las hordas alemanas a ensangrentar los campos inmensos de la gran batalla.

Jerónimo Pou.

“Los refractarios”

Aunque no tenemos la pretensión de llenar vacío alguno que se deje sentir en el periodismo libertario, podemos decir que es preciso, en España y para nosotros, por lo menos, la publicación de una Revista de alta crítica social, política y religiosa, de libre examen y razonada exposición doctrinaria, que divulgue entre el pueblo profano las ideas anarquistas en sus diversas modalidades.

Pero no queriendo hacer una obra demagógica o excesivamente pesada, por su aridez, nos hemos propuesto editar una publicación literaria, dentro, naturalmente, de su carácter anarquista, contando con la colaboración de plumas valiosas en las artes, la ciencia y la literatura, ajenas a la política.

Creemos que encontrará ambiente entre los obreros que trabajan por su emancipación y los hombres que se preocupan de la cultura y de las nuevas corrientes del pensamiento; máxime teniendo en cuenta la originalidad de nuestra publicación y la amplitud de su propaganda.

Se titulará «Los Refractarios» y el primer número aparecerá en la primera quincena del mes de Agosto.

Los Refractarios constará de diez y seis páginas y se venderá a diez céntimos ejemplar.

Puntos de venta de este semanario en Barcelona.—Kiosko del Liceo, Rambla del Centro, Llano de la Boquería.—Kiosko de la Ronda de San Antonio, frente de la calle Poniente.—Kiosko de la calle de Vilanova.

Esta publicación será quincenal. Todos los compañeros que quieran encargarse de la venta de *Los Refractarios*, tanto en España como en el extranjero, pueden dirigirse, provisionalmente, a *Manuel Rodríguez Moreno*, Paloma, 6, principal, Madrid.

El primer número lo recibirán todos los grupos y asociaciones de cultura y obreras que nos indiquen su dirección.

Los paquetes de 30 ejemplares los serviremos a los corresponsales y paqueteros a *dos pesetas*.

Precios de suscripción: España: trimestre, 1 peseta; año, 3. Extranjero: trimestre, 1'50 pesetas; año, 5.

Manuel Rodríguez Moreno; Eduardo García González; Angel Pumarega García; Feliciano Miranda.

Algo a los campesinos

Ya es hora que vayan dándose cuenta, de que ellos son víctimas de la explotación, como lo somos todos los desheredados del Dios capital.

Pongan más atención; y verán algo del por qué y para qué necesitamos de la cooperación de esos hermanos.

Necesitamos que emprendan una determinación que tenga por resultado la agrupación de todos, para el bien de nosotros mismos. ¿No estáis cansados aun de pagar tantas contribuciones, foros cédulas, y recargos?

Yo creo que os agradaría veros libres, gozando de paz y de libertad, como la golondrina, sin fronteras. ¿No es cierto? Adheríos a nuestra causa que es la vuestra y aprended a ser rebeldes.

Jamás me cansaré de recomendaros que forméis vuestras Asociaciones de Agricultores, hasta en el último rincón de nuestra Madre la *Tierra*; para que así comencéis a luchar y a defender lo que por ley natural nos pertenece.

Poneos en guardia, para mañana poder evitar lo que hoy está ocurriendo en las trincheras, ya que en estos momentos es poco menos que imposible.

Pongámonos de común acuerdo, y desengañémonos, que tal vez se acerca nuestra hora decisiva para dar nuestra batalla, para que borremos (cuando la Anarquía goce ya de sus bienes perfeccionados) los crímenes que en las páginas de la Historia escribieron todos los criminales.

Esto es lo que piensa un rebelde principiante.

Cirilo Campa.

La Coruña.

Coincidencias felices

Por deferencia a nuestro colaborador Federico Urales, al recibir el brillante escrito en que contesta a «Cultura Obrera», de Nueva York, y «A Aurora», de Oporto, habíamos pensado retirar los artículos de nuestros habituales redactores sobre los mismos asuntos.

Pero hemos pensado que nuestros lectores verán con gusto esta coincidencia de opiniones y que a Urales no podrá mortificarle, porque si alguien pudiese pensar que había imitación o plagio, no sería suyo, pues no ha po-

didado ver nuestros escritos antes de publicados; en todo caso el pecado estaría en nosotros, que tenemos las cuartillas en nuestro poder desde hace una semana.

Más nos complace hacer notar estas coincidencias, cuando en algunas otras cosas no opinamos lo mismo, sin que esto sea motivo de rencillas y menos de agravios, antes bien manifestación de independencia de criterio en todos.

Algo parecido podríamos decir de otros compañeros, los redactores de «Acción Libertaria», por ejemplo. Las diferencias de opinión en algunos detalles, no oscurecen, sino que avaloran precisamente las coincidencias en lo principal, porque demuestran que se ha llegado a la armonía por medio de la libertad más amplia y la independencia más segura.

Los dogmáticos se irritan en frente de la opinión contraria y pronto acuden a la excomunión y al insulto. Los que nos llamamos racionalistas, apreciamos todas las opiniones de los hombres de buena fé, porque cuando son opuestas nos hacen estudiar las propias con más detenimiento, para rectificarlas o para reforzarlas, y cuando coinciden nos alegran, porque son una garantía de nuestro acierto.

No son las opiniones contrarias lo que produce la división y el odio entre los hombres, sino la intolerancia, la incultura, la mala educación, la envidia, las hajas pasiones y los ruines instintos.

Por esto queremos ser amigos de los hombres honrados, aunque opinen de modo diferente, y no queremos serlo de los farsantes, aunque se hayan aprendido de memoria los libros de nuestros maestros.

Con los primeros puede contarse en los trances difíciles. De los segundos se pueden esperar siempre traiciones villanas o los groseros insultos con que hombres incapaces de cosa buena han pretendido ofender a Kropotkine, a Malato y a nosotros mismos, que no poseemos la inteligencia de éstos, pero que tenemos el valor de nuestra honradez y de nuestra buena voluntad.

En este sentido, no se equivoca el compañero Urales cuando dice que ha emprendido esta campaña en buena compañía.

Nosotros también nos honramos con la suya.

PALABRAS Y OBRAS

«La propiedad es un robo Proudhon un día exclamó; mas como era honrado y probó a nadie jamás robó.

«La propiedad es sagrada» hay quien gri a de ira lleno, mientras sin respeto a nada se apodera de lo ajeno.

Y así aferrados se ven a su opinión cada cual, y habla mal quien obra bien y habla bien quien obra mal.

Y la pública opinión, por malévola o por necia, mientras aplaude al ladrón, al honrado le desprecia.

A. Marín Requena.

ASUNTOS VARIOS

Nuestro querido compañero Federico Urales ruega le dispensen si no contesta las cartas que recibe. Dice que todas son agradecidas, pero que ninguna puede ser contestada, porque, de serlo una, tendrían que serlo todas y para todas no hay dinero. Sin embargo, le agrada y alegra recibir noticias de sus antiguos compañeros en glorias y fatigas, más fatigas que glorias, y a todos estrecha su mano, desde estas columnas.

La Voz del Obrero, de La Coruña, lamenta, con mucha razón, las querellas entre compañeros.

Dice que no ha de inquirir quien ha sido el primero que quebrantó las normas de la discusión cortés y comedida; a lo que hemos de responder que por parte de *Tierra y Libertad* y de *Solidaridad Obrera* no hubo nunca discusión cortés y comedida, sino calumnias e injurias desde el primer momento; también le diremos que no es insignificante el saber quiénes son los agresores y quiénes los agredidos, porque no es lo mismo cometer una injusticia que sufrirla.

No lleve el apreciable colega su neutralidad hasta el punto de cerrar los ojos a la razón, condenando por igual a inocentes y a culpables.

Naturalmente, no hemos de pedir a los libertarios españoles, partidarios de un ideal de justicia, que castiguen a nuestros calumniadores; pero tampoco hemos de consentir que se nos confunda con ellos.

Ahí están las colecciones de los periódicos beligerantes; todo el que tenga gusto en ello puede ver de donde partió la odiosa provocación.

Hemos tenido el gusto de ver dos hermosas colecciones de postales del ingenioso e inspirado dibujante y querido compañero Fermín Sagristá.

Representa la una escenas de la guerra y la otra pone en caricatura los lectores de diversos diarios. Son de admirar en ambas colecciones la inspiración artística y maestría en la ejecución.

Dirigirse a Fermín Sagristá, dibujante, Camino Viejo del Coll, Vallcarca (Barcelona).

Los efectos de nuestro acordonamiento, decretado por el director de *Solidaridad Obrera*, sólo se han dejado sentir, por ahora, en Elda (diez ejemplares).

Al compañero Pablo Vilaseca, de Manresa, no podemos suspenderle nada, porque no es paquetero ni suscriptor.

En cambio, antes de la discusión enviábamos muy pocos números a Barcelona y ahora van bastantes más. También hemos tenido que aumentar otros paquetes.

No va mal. Los intransigentes desean nuestra muerte; nosotros, sin embargo, vivimos... Y, en estos tiempos, vivir ya es mucho.

POR NECESIDAD

Hay una vieja fábula, cuyo sentido ensalza la virtud de los más, tanto como deprime la soberbia acritud de los menos. En una región floreciente del antiguo Indostán, las razas vigorosas, hastiadas de explotar a las inferiores, quisieron añadir a la iniquidad el escarnio y la vejación.

Los nobles, los guerreros, los magnates, los intérpretes de la ley, se reunieron.—Oprimamos al pueblo—exclamaron. Y el pueblo arrastró su miseria a las puertas de los templos y de los alcázares.—Esclavicemos al pueblo dijeron. Y el pueblo sollozó en miserable esclavitud en el fondo de los calabozos.—Envilezcamos al pueblo—prorumpieron. Y el pueblo cayó en la abyección, en las tenebrosidades de las ergástulas.

Pero un día el pueblo, harapiento, avergonzado, miserable, prostituido, emigró. Poco a poco, fué haciéndose notar en la región su falta. Sobrevino el hambre, la discordia, la indefensión. Y convencidos de que la situación era ya angustiosa, los nobles, los prelados, los caudillos se consagraron a remediarla. Unos empuñaron las armas y figuraron como simples soldados en las legiones; otros esgrimieron las herramientas y fabricaron objetos útiles; muchos pulsaron el arado y arrojaron la semilla en la tierra; todos trabajaron y olvidaron sus títulos y sus vanaglorias. Habían tenido que hacerse pueblo para vivir.

Por conservar la vida, la fuerza tendrá que hacerse humana. Proteger a los que nos parecen débiles será no solamente un deber, sino una ineludible necesidad. Por temor de estrellarse contra una fatalidad implacable y segura, dejarán los pueblos de invadir y sojuzgar a otros pueblos, como por miedo a una catástrofe dejarán los ocupantes de los coches mecánicos de aplastar ancianos, mujeres y niños. Será llegado el día en que los filósofos y los soñadores podrán ambular, sin temor a ser arrollados, por las calles de las ciudades y los caminos reales del pensar ideal.

Una más elevada concepción de la realidad nos irá separando de los brutos y de los seres inferiores de la escala zoológica, para aproximarnos al ente de razón; una más completa visión de la energía nos hará pensar en utilizar nuestra fuerza, antes que en dominar las de los demás; en vencer las que son hostiles al adelanto de los hombres; no en destruir, sino en crear; no en extinguir las luminosidades, sino en iluminar las tinieblas. Entonces todos los ciudadanos habrán aprendido a caminar con más agilidad y soltura, y los que ahora los juzgan carne de cañón y neumático, se verán obligados a andar con pies de plomo.

Antonio Zozaya.

Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón